COMPRENSIÓN LECTORA

Clase maestra

**MARTHA LILIANA OVIEDO
ROJAS**

10-1

2021

1. Lea la información dada en la explicación y complementéla con los videos y artículos relacionados con la bibliografía para que aclaren dudas acerca de qué es comprensión lectora y cómo se hace. Este paso es muy importante por cuanto recordará los conocimientos previos.

2. Lea el siguiente relato:

EL NIÑO-LOBO DEL CINE MARI

(José M^a Merino, escritor español)

La doctora estaba en lo cierto: ningún proceso anormal se desarrollaba dentro del pequeño cerebro, ninguna perturbación patológica. Sin embargo, si hubiera podido leer el mensaje contenido en los impulsos que indicaron aquellas líneas sinuosas, se hubiera sorprendido al encontrar un universo tan exuberante: el niño era un pequeña corneta que tocaba a la carga en el desierto, mientras ondeaba el estandarte del regimiento y los jinetes de Toro Sentado preparaban también sus corceles y sus armas, hasta que el páramo polvoriento se convertía en una selva nutrida de vegetación alrededor de una laguna de aguas oscuras, en la que el niño estaba a punto de ser atacado por un cocodrilo , y en ese momento resonaba entre el follaje la larga escala de la voz de Tarzán, que acudía para salvarle saltando de liana en liana, seguido de la fiel Chita. O la selva se transmutaba sin transición en una playa extensa; entre la arena de la orilla reposaba una botella de largo cuello que había sido arrojada por las olas; el niño ve la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al pun to iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertir se en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretara de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata. entre la arena de la orilla reposaba una botella de largo cuello que había sido arrojada por las olas; el niño ve la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al pun to iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertir se en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretara de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata. entre la arena de la orilla

reposaba una botella de largo cuello que había sido arrojada por las olas; el niño ve la botella, la destapaba, y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretara de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata. y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretara de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata. y de su interior salía una pequeña columnilla de humo que al punto iba creciendo y creciendo hasta llegar a los cielos y convertirse en un terrible gigante verdoso, de larga coleta en su cabeza afeitada y uñas en las manos y en los pies, curvas como zarpas. Pero antes de que la amenaza del gigante se concretara de un modo claro, la playa era un navío, un buque sobre las olas del Pacífico, y el niño acompañaba a aquel otro muchacho, hijo del posadero, en la singladura que les llevaba hasta la isla donde se oculta el tesoro del viejo y feroz pirata.

Una vez más, la doctora ejecuta perpleja las formas de aquellas ondas. Como de costumbre, no prestaban variaciones especiales. Las frecuencias seguían sin proclamar algún cuadro particularmente extraño. Las ondas no ofrecían ninguna alteración insólita, pero el niño permanecía insensible al mundo que le rodeaba, como una estatua viva y embobada.

El niño apareció cuando derribaron el cine Mari. Tendría unos nueve años, e iba vestido con un traje marrón sin solapas, de pantalón corto, y una camisa de piqué. Calzaba zapatos marrones y calcetines blancos.

La máquina echó abajo la última pared del sótano (en la que se marcaban las huellas grotescas que se dejaron los urinarios, los lavabos y los espejos, y por donde asomaban, como extraños hocicos o bocas, los bordes seccionados de las tuberías) y, tras la polvareda, apareció el niño de pie en medio de aquel montón de cascotes y escombros,

mirando fijamente la máquina, que el conductor detuvo bruscamente, mientras le increpaba, gritando:

-Pero qué haces ahí chaval. Quítate ahora mismo.

El niño no respondía. Estaba pasmado, ausente. Hubo que apartarlo. Mientras las máquinas proseguían su tarea destructora, le sacaron al callejón, frente a las carteleras ya vacías cuyos cristales sucios proclamaban una larga clausura, y le preguntaban.

Pero el niño no contestó: no les dijo cómo se llamaba, ni dónde vivía. No les dio atisbo alguno de su identidad. Al cabo, se lo llevaron a la comisaría. Aquel raro atildamiento de maniquí antiguo, y el perenne mutismo, desconcertaban a los guardias. Al día siguiente, las dos emisoras daban la curiosa noticia, y en el periódico, por la mañana, salió una fotografía del niño, con su rictus serio y aquellos ojos fijos y ausentes.

La doctora puso en marcha el aparato y comenzó a oírse otra vez el cuento. En el niño hubo un breve respingo, y sus ojos bizquearon levemente, como agudizando una supuesta atención cuyo origen tampoco podía ser comprobado. Tanto los sonidos reproducidos a través de algún instrumento como las imágenes proyectadas de modo artificial, le hacían reaccionar del mismo modo, y producían unas ondas como emoción o súbito interés. La doctora suspiró y le palmeó las pequeñas manos, dobladas sobre el regazo.

-Pero di algo.

El niño, una vez más, permanecía silencioso y absorto. Al parecer su nombre era Pedro. Al poco tiempo de publicación publicado la foto en los periódicos, una señora llorosa se presentaba en la increíble nueva de que el niño era hijo suyo, un hijo desaparecido hacía treinta años. La señora era viuda de un notorio fiscal por su dureza. Le acompañaba una hija cuarentona. Extendió sobre la mesa del director una serie de fotos de Primera Comunión en que era evidente el parecido. Acabaron por entregarle el niño a la señora, al menos mientras el caso se aclaraba definitivamente.

El hecho de que un niño desaparecido treinta años antes (en un suceso misterioso que había conmovido a la ciudad y en el que se había aludido a causas de venganzas oscuras) apareciese de aquel modo, como si sólo hubiesen transcurrido unas horas, era tan extraño , tan fuera del acontecer normal, que a partir del momento en que se le atribuyó aquella identidad, ni la prensa ni la radio volvieron a hacerse eco de la

noticia, como si el voluntario silencio pudiese limitar de algún modo lo monstruoso del caso.

Sin embargo, el asunto era objeto de toda clase de hipótesis, comentarios y conclusiones en mercados y peluquerías, oficinas y tertulias y, por supuesto, en cada uno de los hogares. Hasta tal punto el tema parecía extraño, que los amigos de la familia dudaban entre darle a la madre la enhorabuena o el pésame. Al aparecido le llamaron el "niño lobo" desde que ingresó en la Residencia, aunque la doctora señalaba lo impropio de la denominación, ya que no manifestaba ningún comportamiento por el que pudiese ser asimilado a aquel tipo de fenómenos, sino only una especie de catatonía , de rara estupefacción. Sin embargo, las extrañas circunstancias de su aparición, aquella presencia alucinada, sugerían realmente que el niño hubo sido recuperado fortuitamente de algún remoto entorno, virgen de presencia humana.

Puso música y el niño tuvo otro pequeño sobresalto. Era un niño muy guapo. Ahora la miraba como si quisiera decirle algo, pero ella sabía que era inútil animarle. Aquella supuesta intención era sólo una figuración suya. El desconocido pensamiento del niño estaba muy lejos. Era una verdadera pena.

Primero, le reconocieron en la Residencia. Luego, la familia le había trasladado a Madrid, buscando esa ciencia mayor que siempre en provincias se atribuye a la capital. Pero no hubo mejores resultados. Cuando volvió, el niño mantenía la misma presencia atónita y, aunque las hermanas hablaban de llevarle a California (donde al parecer las cosas del cerebro estaban muy estudiadas), la madre se había acostumbrado ya a la presencia inerte de aquel gran muñeco de carne y hueso, y posponía la decisión de separarse de él.

De vuelta a la ciudad, el niño seguía subiendo a la Residencia, donde la doctora le miraba todas las semanas. La doctora era bastante joven, y se estaba tomando el caso con mucho interés. Además de las connotaciones médicas del asunto, le fascinaba la impasibilidad de aquel pequeño ser mudo, cuyos ojos parecían mostrar, junto a un gran olvido, un desolado desconcierto.

La evidente influencia que producía en el cerebro del niño cualquier imagen o sonido proyectado a través de medios artificiales, le había sugerido la idea de llevarle al cine. La doctora era poco aficionada al cine, sobre todo por una falta de costumbre que provenía de su origen rural, de un internado severo de monjas y de una carrera realizada con

bastantes esfuerzos y con poco tiempo de ocio. Sus descansos vespertinos solía emplearlos en la

lectura de temas vinculados a su profesión, y sólo de modo ocasional asistía a la proyección de alguna película que la publicidad o los compañeros proclamaban como verdaderamente importante.

-Hoy te voy a llevar al cine -dijo la doctora.

La idea le surgió al ver las largas colas llenas de niños que rodeaban al Emperador. Al parecer se trataba de una de esas películas de enorme éxito en todas partes, que se pregonan como muy bien para el público infantil, con batallas espaciales y mundos imaginarios. La doctora se proponía observar cuidadosamente al niño a lo largo de toda la sesión, escrutando el pulso, la respiración y otras manifestaciones físicas del posible impacto que la visión de la película pudiese tener en aquel ánimo misteriosamente ajeno.

Le esperan durante los primeros minutos de proyección. El niño se había acurrucado en la butaca y observaba la pantalla con avidez de apariencia inteligente. Mientras tanto la historia comenzaba a desarrollarse. Una espectacular nave perseguía a otra navecilla por el espacio infinito, fulgurante de estrellas, muy bien simulado. La nave perseguidora hace funcionar su artillería. La pequeña nave es alcanzada por los disparos de raro zumbido, y atrapada al fin por medio de poderosos mecanismos. El vencedor llega para conocer a su presa. Es una estampa atroz: una figura alta, oscura, con un gran casco negro parecido al del ejército, cuyo rostro está cubierto por una máscara metálica, también negra, que recuerda en sus rasgos una mezcla imprecisa de animales y objetos: ratas, mandriles, cerdos, caretas antigás.

Entonces el niño extendió su mano y sujetó con fuerza la de la doctora. Ella sintió la sorpresa de aquel gesto con un impacto más que físico. Exclamó el nombre del niño. Le espectáculo de cerca, al reflejo de las grandes imágenes multicolor. En los ojos infantiles persistía aquella mirada inteligente, absorta en la peripecia óptica, y la doctora sintió una alegría esperanzada.

La princesa ha sido capturada, aun que ha conseguido lanzar un mensaje que sus perseguidores no advirtieron. Mientras tanto, sus robots llegan a un desierto reverberante, cuya larga soledad sólo presiden los restos decos esqueletos. El cielo está inundado de un extraño color, en un crepúsculo de varios soles simultáneos.

Sin darse cuenta, la atención de la doctora se distrajo en aquella extraña aventura y no percibió que el niño había soltado su mano, y atravesaba la oscuridad multicolor, ascendía por la rampa de la nave, conseguía introducirse en ella como disimulado polizón. La nave recorría rápidamente el espacio oscuro, lleno de estrellas, que la rodeaba como un cobijo. Los héroes vigilaban el fondo del cielo para prevenir la aparición del enemigo. Al fin, la doctora se dio cuenta de que el niño había soltado su mano y volvió la cabeza a la butaca inmediata. Pero el niño ya no estaba y, del mismo modo que había sucedido en aquella lejana desaparición primera, la búsqueda fue completamente infructuosa.

3 con base en el anterior relato, realiza el proceso de como leer de forma crítica una evidencia escrita

a) debemos leer lentamente así entendemos de que está hablando el relato el niño-lobo del Cipele mar que el niño era un pequeño cerdito que tocaba a la carga en la derecha mientras tocaba el estante del alimento y los hijos de todo salían miraban también sus corceles y sus armas también trajo de la isla en la cual están un tesoro de un viejo y error tiraba el niño a biber cuando derrubaron el cine mar.

Los niños no aprecian ningún cambio insoportable, entero el instante permanente inses. de a modo que le rodeaba, como una estufa viva y embobada el infante alarcho no que qe derrubaron el cine mar. Tradición unos y años, e las veces con un traje marrón sin solapas de pantalón corto y una camisa de manga larga.

Un día, una casa debajo la última pared del sótano en la que se moraban los niños, padres que se dejaron los niños, los trabajos y los cerejos y la donde asomaban, como estantes rocosos a los los bordes se coronados de la tuberosa y, tras la perversa, al lado al lado el infante, varado a la mano de esa mancha de las cosas y palomitas, mirando fijamente la mancha, que el conductor defino básicamente, a medida que la tocaba empuja el infante, no les comentó como se comportaba, ni donde vivía. Al día siguiente, ambas empujas habrán, la empuja notada y en el momento, los la mancha solo una fotografía del infante, con sus ojos serios y esos dos ojos y absente.

la medida se adopta mirando cuidadosamente

al infante durante toda la sesión,
escuchando, el mismo la respiración y oír
los ruidos físicos de variable efecto que la
respiración de la cinta pudiese tener en ese
ánimo misteriosamente ajeno

el infante extendió su mano y sujetó con
fuerza la máscara. En los ojos infantiles
temblaba aquella mirada inteligente,
absorta en la terrible óptica y
la médica sintió una aleznia estroñanza

sin advertir, la atención de la médica se
distrajó en aquella extrema travesía y no
percibió que el infante había soltado
su mano, y atravesaba la oscuridad
múltiple.